

mar su identidad; el Sporting Club de Bastia, en Córcega, cuyos éxitos principales coincidieron con el auge del movimiento nacionalista; los Celtic de Glasgow y de Belfast, representando a la comunidad republicana irlandesa; el Al-Wehdat, nacido en los campos de refugiados de Jordania y que se convirtió en la voz futbolística de Palestina; el Dinamo de Zagreb o el Hajduk de Split en la Croacia integrada en la Yugoslavia federal...

#### Empresas y obreros

Los clubes han asumido, en todo tipo de lugares y circunstancias, el rol de representantes de las aspiraciones de las sociedades a las que pertenecen. Incluso más allá de identidades nacionalistas. Es el caso del Sochaux, primer club profesional francés, nacido bajo el paraguas de la principal fábrica de la localidad, Peugeot, que pretendía así fomentar la identificación de sus obreros con la imagen de la empresa. O instituciones que han hecho de su adscripción social un elemento clave de supervivencia, como sería el caso del Racing Club de Lens, en la región minera del norte de Francia, y del Rayo Vallecano y el modesto Atlético Baleares, ligados a la clase trabajadora. Sin embargo Usall advierte: «Es posible que echéis de menos algunos equipos que seguramente deberían formar parte de esta lista, como pueden ser el popular Sankt Pauli, convertido en símbolo antifascista de carácter internacional, o el Rayo. La razón que nos ha llevado a no incluirlos es optar por historias quizá un poco menos conocidas».

Sí encuentran acomodo los tres grandes de nuestro país, Madrid, Barça y Atlético de Madrid. Respecto a este último, «Futbolítica» afirma que, pese a su identificación como «club del régimen» de Franco al inicio de la posguerra por su condición militar y por lograr de forma consecutiva las dos primeras ligas franquistas, terminó abrazando el papel de «pupas» para «construir una imagen del Atlético como club popular en contraposición a su eterno rival, un Real Madrid triunfador sobre los terrenos de juego y estrechamente asociado a los estamentos del poder». Una condición que recientemente se ha potenciado tras perder dos finales de Champions ante el Madrid: «El mismo Simeone, que estuvo a punto de romper con esta tradición del “pupas”, reivindicó la condición de “equipo del pueblo”», comenta el autor de un «club con mil caras».

«Futbolítica», de Ramon Usall, defiende que no hay ningún episodio histórico contemporáneo que no se vea reflejado en la trayectoria de un club de fútbol

## Dígame de qué equipo es y le diré a quién vota



Cartel del Mundial de Fútbol de Italia '34

Más clara ha estado siempre la identificación del Madrid con el régimen por esa utilización que se hizo desde el Pardo de los éxitos de los blancos. Aunque eso no significa que el club no tenga un pasado distinto. Así lo muestra la franja morada que el escudo adoptó en tiempos de la Segunda República, cuando también se le «cayó» la corona real que le había otorgado Alfonso XIII. Seis décadas se mantendría este color en la insignia del club, hasta que en 2001 fue sustituido por el azul. Aun así, hay un pasado muy lejos del Caudillo que permanece oculto en la historia del club: Antonio Ortega Gutiérrez, militar comunista que asumió la presidencia del club en los tiempos

de la Guerra Civil y que Usall define como «el gran olvidado de la historia madridista. Un presidente que murió ejecutado por garrote vil y al que el actual Real Madrid no dedica ni una triste mención en su museo, que, por el contrario, recoge una pomposa hagiografía de Santiago Bernabéu, casi como si la historia del club se iniciara con el militar franquista voluntario que participó como caporal en la ocupación de Cataluña».

Por su parte, el Barcelona aparece en «Futbolítica» como ejemplo de «actor político que ha expresado los anhelos de la comunidad catalana: desde la reivindicación autonomista en los años de la Mancomunidad hasta el papel simbólico

que tuvo durante el franquismo, pasando por los silbidos a la Marcha Real como mecanismo de protesta contra la dictadura de Primo de Rivera». Manuel Vázquez Montalbán, intelectual barcelonés del siglo XX, se catalogaba a sí mismo como «periodista, novelista, poeta, ensayista, antólogo, prologuista, humorista, crítico, gastrónomo, culé y prolífico en general» y se distinguió tanto por su militancia comunista y antifranquista como por su apasionado barcelonismo, definiendo al club de sus amores como «el ejército desarmado de un país con la identidad aplastada». Metáfora que Usall vuelve a tildar de «exagerada».

El mensaje caló tan hondo que Sir Bobby Robson, entrenador inglés del equipo a finales de los años 90, llegó a asegurar que «Cataluña es un país y el Barça su ejército (...) Cada vez que jugábamos en España era una batalla, ya que estábamos representando a Cataluña». Y es que el primer episodio que une al club de la Ciudad Condal con la causa catalanista data de 1908, cuando se aprueba una de las principales finalidades de la institución: «La promoción y la participación en las actividades sociales, culturales, artísticas, científicas o recreativas necesarias para mantener la representatividad y la proyección pública del club fruto de una tradición permanente de fidelidad y servicio a los socios, a los ciudadanos y a Cataluña». A partir de ahí comenzaría la dualidad entre el deporte y la política que ha tenido varios momentos de tensión entre club y Estado. Incluso «Marca», creado en 1938 en territorio bajo control franquista, llegó a proponer «que el Barça, como castigo por su catalanismo, pasara a ser bautizado con el nombre de “España”», expone Usall de una idea que nunca llegó a materializarse, «pero que pone de manifiesto la aversión que la catalanidad del club despertaba entre los sectores que apoyaban al nuevo régimen». Todavía hoy vive sus momentos más álgidos en el minuto 17:14 de cada partido que se juega en el Camp Nou, por coincidir ese momento del encuentro con la fecha de los «mártires catalanes».



«Futbolítica»  
Ramon Usall  
ALTAMAREA  
320 páginas,  
19,90 euros